

Rosario Castellanos:

Un testimonio que desmiente postulados de juventud

Desde la concepción, y aún antes, el ser humano lleva impresos los primeros signos de su historia que se recortan sobre la historia de sus propios padres. Como bien dijo Althusser: "El niño nace viejo".

Como mujer, Rosario Castellanos recibió el trato que los patrones ideológicos del medio familiar y social asignaban a una niña. A esos "valores femeninos" asumidos durante los primeros años debieron sobreponerse los que provenían de las expectativas hacia el hijo varón Mario Benjamín, muerto sorpresivamente.

La figura de este hermano aparece indisolublemente ligada a la vida de Rosario y de algún modo marca y hasta determina su desarrollo. Mario Benjamín nació un año después que Rosario y murió cuando la escritora tenía ocho años. Tomando en cuenta que este varón había sido sobrevalorado por sus padres (como era propio en el medio social y en el tiempo que vivía la familia), a raíz de su muerte las expectativas paternas depositadas en el niño fueron desplazadas hacia la primogénita. Este fenómeno debió representar un viraje determinante en el destino de una mujer en la que se mezcló, contradictoriamente, una serie de identificaciones y preceptos impregnados de una fuerte carga ideológica en la referente al papel asignado en la sociedad a las personas según su sexo.

La mezcla de valores femeninos y masculinos, los probables "dobles mensajes" recibidos de sus padres, constituyeron elementos fundamentales en la estructuración de su identidad y fueron motivo de una confusión que Castellanos trató de resolver con su continua búsqueda de "otro modo de ser humano y libre".

En la tesis "Sobre cultura femenina"

con que Rosario Castellanos, aún soltera, obtuvo a los veinticinco años su título de maestra en filosofía, parece sintetizarse todo el sexismo que ella había asimilado.

En sus seis conclusiones finales sostiene que no hay una cultura femenina propiamente dicha, debido a que la mujer no se interesa en intervenir en los procesos culturales. Esta indiferencia proviene —dice Rosario— no de su falta de capacidad, sino de la posibilidad que tiene de satisfacer su necesidad de eternizarse a través de la maternidad. Y añade: "Cuando la mujer, por motivos físicos, psicológicos o sociales, no es capaz de ejercer 'correctamente' la maternidad, se aboca por compensación, a la cultura. Esta frustración que la impulsa a la cultura, concebida por los hombres y para los hombres, explica —según Rosario— la escasa participación de la mujer en este campo. Cuando lo hace —finaliza— recurre a las formas más fáciles: la novela y la lírica".

Lo que más llama la atención de estas conclusiones es la imposibilidad que establece Rosario de una coexistencia entre la creación de vida y la creación de cultura en la mujer, como fenómeno normal e inherente a su propia naturaleza.

El análisis más detallado de las tesis permite observar cómo elabora y fundamenta ella este pensamiento.

El trabajo, que ocupa 127 páginas, tiene formalmente presencias y carencias significativas. Se inicia con un epígrafe que de algún modo explica la ausencia de una introducción. El epígrafe está tomado de *El sentimiento trágico de la vida* de Miguel de Unamuno:

"Nuestras doctrinas no suelen ser sino la justificación a posteriori de nuestra conducta o el modo como

tratamos de explicárnoslas para nosotros mismos. Yo no diré que sean las doctrinas más o menos poéticas o infilosóficas que voy a exponer, las que me hacen vivir; pero me atrevo a decir que es mi anhelo de vivir y de vivir por siempre el que me inspira esas doctrinas."

Estas frases, que Rosario parece pedir prestadas a Unamuno para que diga que probablemente ella no podía expresar en forma manifiesta, establecen un elemento justificante de su quehacer intelectual. Como si Rosario dijera: "Con las doctrinas que en esta tesis postulo, puedo encontrar una justificación a los años que he dedicado a mi formación intelectual y no a mi formación para el matrimonio y la maternidad". Ciertamente, hasta esos momentos, ella se había dedicado a seguir el plan que su historia personal le predeterminaba.

Desde luego estos razonamientos no debieron darse en forma consciente, y por ello, en lugar de elaborar una introducción donde expresara abiertamente sus inquietudes ante la cultura —a la que como mujer tradicionalmente formada no tendría acceso utiliza un epígrafe con el que evade un enfrentamiento personal con la formulación del problema y disfraza su confusión.

Empieza su primer capítulo estableciendo una singular analogía. Al preguntarse si existe una cultura femenina, señala que la pregunta

"parece, a primera vista, tan superflua y tan conmovedoramente estúpida, como aquella otra que ha dado también origen a varios libros y en la que destacados oficiales de la Armada Británica se

*Estela Franco, mexicana, psicoanalista, doctora en psicología clínica.

preguntan, con toda la seriedad inherente a su cargo, si existe la serpiente marina”.

Dice que algunos “hombres generosos, visionarios”, contestan afirmativamente, pero los hombres cuerdos

“sentencian la imposibilidad absoluta de que monstruos tan extraordinarios como las serpientes marinas y las mujeres cultas o creadoras de cultura sean algo más que una alucinación, un espejismo, una morbosa pesadilla”.

La comparación entre la dudosa existencia de la cultura femenina y la dudosa existencia de la serpiente marina se antoja una pregunta muy clave de identidad. Rosario parece cuestionarse: Yo, que estoy trabajando por hacer cultura (la tesis misma lo evidencia), ¿soy alguien?, ¿existo?, ¿soy una alucinación?, ¿un monstruo —mezcla de Mario Benjamín y Rosario? ¿Quién soy yo?

En su primera aproximación a estos interrogantes realiza una investigación histórica del criterio que sobre la mujer han tenido célebres pensadores en el tema: Schopenhauer, Otto Weininger, Simmel, Moebius, San Pablo, Santo Tomás, Freud...

La elección misma de tales pensadores que sostienen que la mujer es un ser inferior, refleja el punto de partida de Rosario, asumido desde una ideología sexista donde la mujer opina (es) a través del hombre. El párrafo siguiente lo ilustra con un remate sutilmente irónico que siembra la duda:

“Desde su punto de vista (y conmigo todas las mujeres) soy inferior. Desde mi punto de vista, conformado tradicionalmente al través del suyo, también lo soy. Es un hecho incontrovertible. Y puede ser que esté bien.”

Pero si la mujer es inferior, se pregunta Rosario, ¿cómo existen entonces mujeres famosas que han aportado a la cultura investigaciones científicas y obras artísticas?:

“¿Qué las hizo dirigirse a la realización de esta hazaña, de dónde extrajeron la fuerza para modificar sus condiciones naturales y convertirse en seres aptos para labores que, por lo menos, no les son habituales?”.

Rosario avizora la respuesta en la frustración que sufren esas mujeres en sus “funciones naturales”. La cultura se les presenta entonces como “el refugio de quienes han sido exiliadas de la maternidad”. ¿Se estará refiriendo este exilio al castigo por haber “matado” a Mario Benjamín, el hijo de su madre: ojo

por ojo, diente por diente?

Vuelve a preguntarse Rosario:

“¿Hacia qué modo de conducta puede aspirar la mujer, despojada de sus formas peculiares de vida, no sólo por las circunstancias sino, lo que es peor, por la idea, tan arraigada ya en ella que no reconoce su procedencia exterior de que esas formas (las de luchar con armas de hombre) deben ser despreciadas?”.

Lo que Rosario sitúa aquí en el afuera puede referirse más bien a elementos reprimidos de su propia historia: un ideal del yo masculino impuesto por los padres, que la llevaron muy probablemente a la sensación de sentirse una mezcla híbrida de hombre y mujer. (Conviene recordar que el Yo no está formado por una sola unidad sino más bien como un precipitado de identificaciones.)


Escribe entonces su tesis, como en parte escribirá después sus obras, sintiendo invadir terrenos que no le corresponden. La cultura ha sido la responsable —dentro de esa fantasía— de que se aleje de los valores femeninos, de que se desvalore y busque otras formas de realizarse. Como mujer, para ser amada debe ser madre. Sobre la base de esta vivienda denigra entonces lo que está haciendo. La elaboración de un trabajo intelectual no la hace dulce ni femenina; por el contrario, pone en evidencia esa parte masculina que aparece en ella en forma disociada. Por eso es posible considerar que muchos de sus planteamientos están elaborados como justificaciones. A través de las doctrinas que propone, aunque sin reconocerlo conscientemente, refleja el afán de justificar —tal como lo previene el epígrafe— su conducta, su voz masculina.

En la actualidad, bajo la óptica de una nueva ideología, el quehacer supuestamente masculino de crear cultura es reconocido como una tarea tan propia del hombre como de la mujer. Rosario, en ese momento, no logró esclarecerlo.

En el transcurso de su vida, la condición sexista que padecía Rosario fue siendo desmentida por sus acciones, por sus logros intelectuales, por su evolución en el campo de lo femenino. Sin embargo, no se puede pasar por alto las ambivalencias que surgían en ella por su propia dinámica interna e inconsciente. Una muestra de ello se advierte en la recopilación que Rosario hace de sus ensayos sobre mujeres célebres y de sus propios discursos relacionados con la

condición femenina en el marco de la realidad mexicana de su tiempo. Elige un título para su libro que, por irónico, transluce una soterrada ambivalencia. Mientras los textos tienden a señalar, a través de reflexiones muy racionales y de la presentación de casos ejemplares, la presencia de la mujer en el mundo de la cultura, el título hace eco de un refrán que resume siglos de ideología sexista: “Mujer que sabe latín... ni tiene marido ni tiene buen fin”. El recurso irónico es muestra de lo que seguramente prevalecía en su interior como un problema latente.

Aun así, la actuación de Rosario, su enérgica lucha vital la llevó —en los hechos— a logros muy importantes en los ámbitos profesional, intelectual e incluso político. Impartió cátedras, desarrolló una notable labor diplomática y, simultáneamente, dictó conferencias e hizo discursos en los que se reflejaba, cada vez más, su evolución ideológica y su crecimiento personal.

Cuando había alcanzado logros importantes en este terreno, sobrevino la muerte, de modo accidental, en agosto de 1974, a los cuarenta y nueve años, mientras ocupaba el cargo de embajadora de México en Israel. Su testimonio es, y sigue siendo, el testimonio viviente de la lucha desarrollada por una mujer para superar yugos y derribar obstáculos en la búsqueda de su identidad femenina. 

Este texto fue leído en la mesa redonda sobre la ensayística “materia memorable”, el 22 de septiembre de 1984, dentro del ciclo de conferencias y mesas redondas “El rescate del mundo de Rosario Castellanos”, organizado por el Departamento de Humanidades de la Dirección General de Difusión Cultural, en el Palacio de Minería.

